

mente sobre sus rodillas, apenas si se dió cuenta, ni tampoco de cómo fuera trasladada a otro escenario...

Como por arte de magia se encontró ante los arcos de una deslumbrante puerta dorada, en cuyo frente y escritas con letras enormes, leíanse estas palabras:

«REINA ALICIA»

A ambos lados de la suntuosa portalada se advertía el tirador de una campanilla. En uno decía: «Campanilla de los visitantes», y en el otro, «Campanilla de los sirvientes».

—Esperaré a que termine la música — pensó Alicia —, y llamaré... ¿Pero por cuál campanilla? — interrumpióse indecisa, mientras miraba los rótulos —. Yo no soy visitante, criada tampoco. Sin duda debe haber algún otro llamador que diga: «Reinas».

En aquel momento la puerta abrióse lo necesario para que una cabeza con un pico larguísimo se asomara.

—No se permite la entrada hasta la semana que le sigue a la próxima semana — dijo, y desapareció dando un terrible portazo.

Alicia golpeó y llamó repetidas veces con insistencia durante un buen rato. Al fin una rana muy viejecita, que se hallaba sentada bajo un árbol vecino, llegóse hasta ella saltando con lentitud. Iba vestida con un reluciente traje amarillo, y calzaba unos zapatos descomunales.

—¿Qué pasa? — preguntó con una profunda voz de bajo.

Volvióse Alicia con rapidez, pues tenía ganas de echarle la culpa a alguien.

—¿Dónde está el criado cuya obligación es contestar a los que llaman a la puerta? — replicó airada.



—¿Qué puerta? — preguntó la rana muy calmosa. Alicia casi estalló de indignación ante la cachaza del animalillo.